

ILÍADA

HOMERO

PARIS Y HELENA

De entre todas las ciudades construidas por los hombres, Troya¹ era la más poderosa, la que había reunido mayores riquezas y se había rodeado de murallas más gruesas y altas. La puerta del Helesponto² la llamaban. Y es que, desde sus elevadas torres, los troyanos controlaban el paso del Helesponto, un estrecho que unía dos mares.

También tenía otros muchos nombres: la inexpugnable Troya, la ventosa Troya, la divina Troya, la rica Troya, la ciudad de los hermosos caballos.

Se llamaba la ciudad de los hermosos caballos porque en los prados próximos pacían hermosas yeguas, que tenían hijos con Bóreas, el viento del norte. No solo eran hermosos, sino también veloces, como su padre. Tan veloces que podían correr por un campo de trigo sin pisotear las espigas.

En aquel tiempo, Troya estaba gobernada por el rey Príamo, al que se atribuían no menos de cincuenta hijos. Un día, Hécuba, su segunda esposa, soñó que daba a luz un haz de leña del que salían retorciéndose innumerables serpientes de fuego. Las serpientes se deslizaban por todos los rincones de la ciudad, que ardía por entero y quedaba reducida a cenizas. Informó del sueño a Príamo, que consultó a los adivinos.

¹ Ilión, de ahí el título de *Ilíada*.

² Nombre que, en la Grecia clásica, se daba al actual estrecho de los Dardanelos.

—¡El niño que está a punto de nacer será la ruina de Troya! —le dijeron—. Te rogamos que te deshagas de él.

Cuando el niño nació, la madre evitó verlo para no tomarle cariño y dejó que Príamo se lo entregara a un pastor, Agelao, para que lo matara. Demasiado bondadoso para emplear una cuerda o una espada, Agelao abandonó al recién nacido, con un sonajero por toda compañía, en la ladera del monte Ida, cuna de las fieras y de las mil fuentes. A Príamo le mostró una lengua de perro, como prueba de que había cumplido el encargo.

Entre los bosques del monte Ida, cerca del nacimiento del río Escamandro, el niño fue amamantado por una osa. Cuando Agelao se lo encontró de nuevo, quedó pasmado ante el portento y lo llevó a su casa en un zurrón. De ahí el nombre de Paris, que significa precisamente zurrón.

El niño creció sano y vigoroso y se dedicó a pastorear los rebaños de su padre adoptivo. Envuelto en una piel de lobo, con el cayado al brazo, llevaba a apacentar toros y corderos. Ajustando su paso a la cadencia de los sones que arrancaba a su flauta, aprendió el arte de la música.

Aún era poco más que un niño cuando venció a una cuadrilla de ladrones de ganado y recuperó las vacas que habían robado, por lo que mereció el nombre de Alejandro, que significa protector de hombres. Su principal diversión consistía en hacer que los toros de Agelao lucharan entre ellos. Al vencedor lo coronaba con flores y al perdedor, con paja.

Uno de sus toros empezó a destacar, porque nunca perdía un combate. Paris lo enfrentó con los

campeones de los rebaños de sus vecinos, a los que venció. Deseoso de conseguir más rivales, ofreció premiar con una corona de oro al toro que pudiese vencer al suyo.

Por entonces, los dioses se entrometían continuamente en las peripecias de los humanos, tenían relaciones amorosas con ellos o les gastaban bromas. Para divertirse, Ares, el pendenciero dios de la guerra, se transformó en toro. El combate tuvo lugar bajo la atenta mirada de todos los dioses del Olimpo, que disfrutaron muchísimo. El propio Ares ganó el premio, como no podía ser menos, y Paris, sin vacilar, le entregó la corona.

La nobleza de aquel comportamiento agradó mucho a los dioses, y ese fue el motivo de que Zeus, el dios supremo, padre de dioses y de hombres, lo eligiese como árbitro entre las tres diosas.

La historia fue como sigue. Se celebraban las bodas del griego Peleo, un común mortal, con la diosa Tetis, la de los pies argénteos³, una de las cincuenta hijas de Nereo, el anciano rey de los mares. Al principio nadie podía prever un desenlace aciago. Hacía un tiempo espléndido, las musas estaban más inspiradas que nunca y el copero de los dioses, Ganímedes⁴, escanciaba el néctar con largueza.

Pero la Discordia, que no figuraba en la lista de invitados, tramaba su venganza. Si ella no disfrutaba con el festejo, tampoco lo harían los huéspedes selectos. Desde las nubes vislumbró a las tres diosas principales, Hera, Atenea y Afrodita, que conversaban cogidas de la mano, e hizo rodar a sus pies una manzana de oro. Atenea la interceptó con su sandalia y leyó la inscripción que llevaba:

³De plata.

⁴Según la mitología griega, fue un hermoso príncipe troyano, amante de Zeus, que servía bebidas a los dioses.

—«Para la más hermosa» —dijo.

—Entonces es para mí —intervino Hera, reina de los dioses, que como esposa de Zeus estaba acostumbrada a conseguir cuanto se proponía.

—Te equivocas, querida. Es evidente que se refiere a mí —afirmó Atenea, diosa de la sabiduría, de las artes y de la guerra, que siempre se encontraba dispuesta a presentar batalla—. Además, soy yo quien la ha parado con el pie.

—¿Estáis locas o ebrias? —les preguntó Afrodita, diosa del amor—. Vosotras tenéis muchas cualidades, pero solo yo puedo ser la más hermosa.

Cada diosa reclamó a sus partidarios, y la fiesta nupcial se convirtió en disputa. Consultado, Zeus no quiso indisponerse con ninguna de las tres litigantes. Pero recordaba con agrado la conducta de Paris, y aconsejó que fueran a su encuentro.

Se hallaba Paris calmando su sed con un trago de vino cuando Hermes, el dios mensajero, que siempre lleva unas sandalias aladas, se le apareció en compañía de Hera, Atenea y Afrodita.

—Paris —le dijo, al tiempo que le entregaba la manzana de oro—, Zeus te ordena que entre estas diosas elijas a la más bella.

Paris se quedó deslumbrado, y no precisamente por el fulgor de la manzana. Ver tres diosas de pronto, cuando uno vive entre toros y corderos, es algo que puede trastornar a cualquiera. Sopesó la manzana y se pellizcó en una mejilla, para asegurarse de que no estaba sufriendo los efectos del vino.

—¿Cómo puede un simple pastor como yo erigirse en árbitro de la belleza divina? Buscaré



una sierra y dividiré esta manzana de oro en tres partes iguales.

—No puedes desobedecer a Zeus —repuso Hermes.

—Está bien —suspiró Paris—. Pero antes ruego a las diosas que resulten perdedoras que no se ofendan ni se ensañen conmigo. Solo soy un simple pastor.

Las diosas convinieron en acatar su decisión. Una última duda atenazaba a Paris.

—¿He de juzgarlas como están o puedo pedirles que se despojen de sus ropas?

—Tú decides las reglas —se desentendió Hermes.

—En tal caso, prefiero que se desnuden.

Afrodita se desprendió de sus joyas refulgentes y su famoso ceñidor⁵, que hacía que todos se enamorasen de quien lo llevaba. Atenea protestó ante esa ventaja injusta.

—Está bien —accedió Afrodita—, renunciaré al ceñidor con la condición de que tú te quites ese yelmo que llevas puesto, y que tanto te favorece.

Quedaron las tres completamente desnudas, y la mirada de Paris erraba de una a otra, sin saber dónde posarse. Para evitar distracciones mayores, se dispuso a juzgarlas por separado. Primero examinó a Hera, que giró sobre sus talones y se mostró con orgullo.

—Si me escoges —le dijo la reina de las diosas—, te haré dueño de toda Asia y te convertiré en el más rico de los hombres.

—No busco riquezas, señora —repuso Paris—. Muy bien, veo que sois perfecta. Podéis vestiros. ¡Venid ahora, divina Atenea!

⁵ Especie de faja con la que se ajusta el cuerpo.

—Aquí estoy —dijo Atenea, la de los ojos claros y brillantes, avanzando con decisión—. Escucha, Paris, si me concedes el premio, serás honrado por todos como el hombre más guapo y sabio y haré que venzas en todas tus batallas.

—Soy pastor, no soldado —repuso Paris, sin adivinar que algún día perecería por la fuerza de las armas—. Pero sois excepcionalmente hermosa, y consideraré con imparcialidad vuestra aspiración a la manzana. Podéis poner os vuestras ropas y el yelmo. ¿Estáis lista, Afrodita?

Afrodita, la de los hombros marfileños, se le acercó despacio y se colocó tan cerca de él que casi se tocaban.

—Observa todos mis encantos —le dijo— y atrévete a negar que soy la más bella. ¿Sabes, Paris? También tú eres muy hermoso. En cuanto te vi me dije: «¿Por qué pierde el tiempo cuidando reses un joven tan apuesto?» ¿Por qué no llevas una vida civilizada, en Troya, en Atenas o en Corinto? Si me eligieras, yo haría que te casaras con Helena de Esparta, que es tan bella como yo y aún más apasionada.

—¿Tan bella como vos? —preguntó Paris, confundido ante la idea de que una mujer pudiese igualar la belleza de una diosa.

—Y tiene la ventaja de no poseer ni los increíbles poderes ni los peligrosos caprichos de una diosa —añadió Afrodita, como si leyera en su mente—. Ahora está casada con Menelao, rey de Esparta y hermano de Agamenón, rey de Micenas, pero con mi ayuda podrás conseguirla sin dificultad.

—¿Estás dispuesta a jurarlo?

Afrodita lo juró y Paris, sin pensarlo más, le entregó la codiciada manzana de oro.

Fue un error, claro, pero eso solo lo sabemos ahora. Hera y Atenea se alejaron tomadas del brazo, dispuestas a preparar la destrucción de Troya, que ellas ya podían prever. Mientras, Afrodita se quedó pensando cómo podría cumplir su promesa.

Poco después Príamo envió a sus sirvientes en busca de un toro del rebaño de Agelao. Iba a ser el premio en unos juegos fúnebres que se celebraban cada año en memoria de su hijo difunto, que naturalmente era el propio Paris.

Cuando los sirvientes eligieron el mejor toro, pidió ir con ellos. Agelao intentó disuadirle, pero acabó dándole permiso y le acompañó en el viaje a Troya.

Llegado a la ciudad de los hermosos caballos, Paris se animó a competir en los juegos. Para sorpresa general, venció con facilidad en la prueba de pugilato y en todas las carreras pedestres. Avergonzados por haber sido derrotados por un simple pastor, los hijos de Príamo, en particular Deífobo y Héctor, decidieron matarle y le atacaron con sus espadas. Paris corrió a protegerse en el altar de Zeus, al fondo del palacio de Príamo. Agelao, que lo había visto todo, pidió ayuda al monarca:

—¡Majestad, ese joven es tu hijo, el que yo fingí matar hace tiempo, cuando apenas tenía unos días! —gritó, y como prueba le enseñó un sonajero que colgaba del cuello de Paris a modo de amuleto, y que era el que llevaba cuando, siendo un recién nacido, lo abandonó en el monte.

Una vez confirmada su identidad, Príamo celebró el regreso de su hijo perdido con sacrificios a los dioses y un gran banquete, al que asistieron Hécuba, su madre, y sus otros hermanos: Héctor, domador de caballos; Deífobo, que durante la guerra de Troya causaría estragos entre los griegos; Casandra, que poseía el don de la profecía...

De los cincuenta hijos del venerable Príamo, Hécuba le había dado diecinueve. Los demás descendían de concubinas. También asistió al banquete el divino Eneas, hijo de Afrodita y de Anquises, primo a su vez del rey Príamo. Afrodita había amenazado a Anquises con que, si alardeaba de haber tenido relaciones con ella, Zeus lo castigaría con su rayo. Como Anquises desoyó el consejo, Zeus lo golpeó con el rayo y lo dejó ciego. Todo eso pertenecería a otra historia, de no ser porque Eneas⁶ tiene una gran importancia en la guerra de Troya y fue el progenitor del pueblo romano.

Cuando los sacerdotes de Apolo se enteraron de la noticia, exigieron que Paris fuese ejecutado inmediatamente.

—De lo contrario, Troya perecerá —le advirtieron.

Pero Príamo y Hécuba ya se habían encariñado con él, y es que Paris era un joven encantador.

—Prefiero que Troya sucumba —dijo— a perder a un hijo tan maravilloso como este.

Así fue como Paris pasó de pastorear toros en el monte Ida a compartir su carne en la mesa de Príamo.

Al ver que estaba soltero, sus hermanos, que estaban todos casados, le instaron a que tomara esposa.

⁶ Protagonista de la *Eneida*, de Virgilio, que puedes leer en este libro, a partir de la página 159.

—Confío en que Afrodita me elija una —les dijo—, pues se lo suplico todos los días.

Por entonces se convocó un consejo para tratar del rescate de Hesíone, una hermana de Príamo que años antes había sido capturada por el griego Telamón y llevada a Grecia. Los troyanos habían realizado expediciones para persuadir a los griegos de que se la devolvieran, pero solo habían recibido burlas y desprecio. En el consejo, Paris se ofreció para encabezar una nueva expedición, si Príamo le proporcionaba una flota bien equipada.

—Si no consigo recuperar a Hesíone —dijo el hermoso Paris—, quizá consiga traer a una princesa griega de parecida alcurnia.

A todos les pareció una bravuconada.

La flota fue debidamente equipada y zarpó del puerto de Troya al mando de Paris y de Eneas, que le acompañaba. Por consejo de Afrodita, que estaba ávida de cumplir su promesa, el mascarón de proa de la nave capitana era una imagen de la propia diosa sosteniendo en sus brazos al pequeño Eros, dios de la pasión amorosa y el deseo.

Desde el muelle, Casandra, con la cabellera suelta, proclamaba a gritos que aquel viaje causaría una guerra.

Impulsada por un viento favorable, obra de Afrodita, Paris olvidó el motivo principal de su misión y fue directamente a Esparta. Menelao, que no desconfiaba, le agasajó con un banquete que debía durar nueve días.

Al ver a Helena, el pecho de Paris se inflamó. La diosa no había exagerado. Era su igual en la

tierra. No en vano descendía de Zeus, que se había metamorfoseado en cisne para atraer a la hermosa Leda, madre de Helena. Por eso su tez era tan bella y delicada, porque había nacido de un huevo de cisne. Tenía los ojos grandes e insondables, de largas pestañas, y era de estatura majestuosa, más alta que muchos hombres. Al llegar a la mayoría de edad, todos los príncipes de Grecia habían aspirado a su mano, pero ella, por exceso de confianza o de buena fe, había elegido a Menelao, el más rico de los aqueos⁷, y lo había convertido en el más feliz de los hombres.

Al ver a Paris, también ella sintió el flechazo de Eros. Aceptó con agrado los regalos que él le había llevado de Troya y, con algo de turbación, las miradas desvergonzadas, las señas audaces y los suspiros que le dedicaba, cuando estaba seguro de no ser visto ni oído.

Paris tomaba la copa de Helena, como por distracción, y ponía los labios en la parte del borde donde ella había bebido. Otras veces dibujaba su nombre con vino en la mesa, y añadía: «Te amo».

Sucedió que Menelao tuvo que partir para Creta, donde se celebraban los funerales de su abuelo Catreo, y dejó que Helena agasajara a sus huéspedes y gobernara el reino en su ausencia.

Como un águila que se abalanza sobre su presa, Paris la sedujo esa misma noche. Algunos dicen que ella rechazó sus requerimientos y que él la tomó por la fuerza. Otros cuentan que él, ayudado por Afrodita, la confundió adoptando la forma de Menelao. Nada se sabe con certeza, salvo que ella

⁷ En la *Ilíada* y la *Odisea*, el conjunto de los griegos recibe el nombre colectivo de aqueos. También se les llama dánaos y argivos.

dejó en Esparta a su hija Hermíone, y se llevó consigo todas sus joyas y varias sirvientas.

Hera, la ilustre esposa de Zeus, se escandalizó al enterarse y emprendió dos acciones. Por una parte, hizo que Iris⁸ volase a Creta con la noticia de la fuga, para informar cuanto antes a Menelao. Por otra, envió una tormenta espantosa, que hundió varios barcos troyanos y obligó a la flota a hacer escala en Chipre y luego en Egipto y en Fenicia. Pero por fin los supervivientes llegaron a la vista de las altas torres y pusieron pie en tierra.

Toda Troya se agolpó en las murallas para contemplar a la bella Helena. En cuanto la vieron andar, sonreír, moverse, y escucharon su voz y sus risas, entendieron a su príncipe favorito y compartieron su pasión por la reina capturada. Hasta el anciano Príamo, que hubiese preferido recuperar

⁸ Como Hermes, Iris es la mensajera de los dioses.



a su hermana Hesíone, se enamoró de Helena y juró por su vida que nunca la dejaría marchar de Troya. Todos pensaban que por el fulgor de una sola de sus miradas valía la pena enfrentarse a la ira de Menelao, caudillo de los aqueos. Solo la clarividente Casandra sabía que la ira de Menelao auguraba peligros mucho mayores.

